

El Deportivo es una de Sabina

La historia blanquiazul está plagada de incidentes que acompañan sus hitos

XURXO FERNÁNDEZ

A CORUÑA / LA VOZ

Cuando cualquier deportivista de mediana edad se siente con su nieto delante de la lareira, hasta el fuego será una historia.

La del 91 y su ascenso. La que marca el comienzo de tres décadas regadas de incidentes a las que sirvió de prólogo en el 88 el tanto purificador de Vicente Celeiro. En el momento en que Bódiğer desafió las leyes más básicas de la defensa ante centros laterales y recibió el envío de Benito con los brazos abiertos, se esfumó la ocasión de encontrarle relevo al futbolista vilalbé que el 22 de mayo de 1988 entregó al Deportivo varias vidas extra. Aplazamiento de un fatal descenso a Segunda B bien aprovechado para rellenar vitrinas y coleccionar marcadores con los que señalar momentos épicos.

Ninguno viene recogido en el Éxodo. Para recopilarlos queda la biblia particular de cada seguidor blanquiazul, con sus plagas a medida. Alguna, con trazas de aquellas que asolaron Egipto. Como la séptima. La lluvia de granizo y fuego dividida en dos para dar ambiente al ascenso más memorable y al primer título.

El 10 de junio de 1991, el conjunto coruñés se jugaba en casa un billete único a Primera al que también aspiraba el Murcia. Recién comenzado el duelo, una negra humareda destapó el incendio sobre la grada de Preferencia. El árbitro detuvo el choque. A Arsenio le temblaron las piernas. «Lo de la cubierta parecía

un mal presagio», apuntó a encuentro pasado, ya con el equipo instalado en la máxima categoría. Los tres cuartos de hora empleados por los bomberos en sofocar las llamas, con jugadores y aficionados de testigos a pie de césped, dejaron imágenes y expresiones a las que recurrir en tiempos de sufrimiento.

El «lume» avivó campañas publicitarias y vistió de rojo al equipo, cuando el club necesitó de un empujón del imaginario. Como volvió a ocurrir hace solo unos días, con la caja de la entidad en situación precaria por culpa de antiguos despilfarros que agravaba ahora la pandemia forzando a Riazor a cerrar sus puertas. El socio tenía derecho a compensación, pero al Deportivo le iba a salir muy caro el desagravio. Así que invitó a sus abonados a mojarse.

Lo hizo recuperando una vieja camiseta y la foto de Alfredo. El autor del tanto que puso la primera pica en la plaza de Pontevedra. El único gol de una cita despiada por el granizo que el 24 de junio de 1995 detuvo el crono en el minuto 34 y 34 segundos. «Quedé con la mano hinchada. Por suerte la puse en la cabeza, porque si me llega a pegar aquella pedrada ahí, no sé qué hubiera pasado», reseñaba Beбето al remontarse a aquella tarde en su 25 aniversario. Manjarín también hizo ejercicio de memoria: «Antes de cambiarnos, ya allí en el Bernabéu, le digo a Alfredo: "Hace un calor de tormenta, tronquí, va a caer una...". Y me responde: "No jodas, tronco, ¿en Madrid, aquí,



La grada de Preferencia ardió el día del ascenso de la temporada 1990-91. JOSÉ CASTRO



Alfredo dio su primer título al Dépor tras una granizada. CÉSAR QUIAN



El descenso de la 2010-2011 fue con récord de puntos. CÉSAR QUIAN

en junio? ¡Cómo va a llover!"). Porque jugaba el Dépor. El partido concluyó tres días después, con ese cabezazo por encima de Zubizarreta de un futbolista que no llegaba al metro setenta.

En la pila de detalles para dar fuste a las gestas se puede apuntar también alguno de menor entidad, como esa única Liga que Donato selló por primera vez en viernes.

Lo demás son casi todo miserias más cercanas a lo humano. Las de los muchos años de agonia que desembocan en este posible descenso a plazos, precedido de otro con el mayor número de puntos en la historia de Primera. Lotina y sus 43 del curso 2010-2011, cuando el Valencia selló el descalabro con un triunfo que no necesitaba para nada y tampoco buscó con excesivo entusiasmo. La siguiente caída, más natural, llegó tras una agonia inesperada por lo larga. Fernando Vázquez dio meses de vida al muerto que dejaban Oltra y Paciencia. Luego enmendó el susto recuperando la categoría por cuatro campañas quemadas siempre al borde del pozo. En una hubo que escapar de él en el Camp Nou, sin saber que el empate allí sudado sería innecesario porque la Liga acabaría descalificando al Elche. Fue la temporada del asesinato de Jimmy a manos del Frente Atlético.

Vázquez ha vuelto a rozar el milagro e incluso se dan condiciones para otro descenso con más puntos que nunca. Pero habrá que esperar a certificarlo, porque si el faraón tuvo ranas, piojos y langostas, aquí la peste es el coronavirus. Sabina compondría un himno. El Deportivo ha forjado su historia reciente.

La afición abarrotó los alrededores de Riazor antes de suspenderse el partido

CHARO ALONSO

A CORUÑA / LA VOZ

El bus del Deportivo enfiló el paseo de La Habana a las siete y media de la tarde de ayer, pero más de una hora antes los alrededores del estadio de Riazor bullían en un movimiento continuo de camisetas blanquiazules. Los aficionados deportivistas se echaron a la calle, protegidos con sus mascarillas, para apoyar a un equipo que ayer se lo jugaba todo. Incluso algunos rezagados hacían cola en la Deportienda para adquirir una camiseta, un bufanda o una bandera en el último momento.

Ni un hueco en las terrazas de los bares que estaban abiertos,

llenos de aficionados expectantes ante la inminente llegada del bus del equipo a Riazor.

Una llegada que trasladó su tradicional paseo por Manuel Murguía hasta el paseo de La Habana, con más espacio en las aceras para intentar respetar las medidas de seguridad sanitarias. Las mascarillas no faltaron, pero la distancia pocos la respetaban.

Varios miles de seguidores deportivistas llenaron ambos lados de la calle y ondeando banderas y bufandas blanquiazules empezaron a cantar y animar. Cuando el autobús blanquiazul dobló la esquina del paseo de Ronda y apareció ante la vista de los allí reunidos estalló la euforia. Se

enciendieron bengalas y se tiraron petardos y el Paseo de la Habana se convirtió en un escenario casi bélico, lleno de humo y fuego rojo.

El deportivismo acompañó en tropel al equipo hasta su entrada en el estadio y después se disolvió entre los bares de la zona, impacientes porque llegasen las nueve y empezase el partido. Un partido que nunca llegaría a jugarse, ya que apenas dos horas antes saltó la noticia de los positivos por coronavirus en el Fuenlabrada y la consecuente suspensión del partido. La euforia se pinchó como si de un globo se tratase y dio paso a caras de incredulidad, enfado y contrariedad.



Los aficionados recibieron al equipo con bengalas. MARCOS MÍGUEZ